

## **Sigo siendo un ser humano**

Seudónimo: Replicante J. B.

Regresé a la Tierra tres meses después de la muerte de papá. El pase de viaje me había costado un verdadero ojo de la cara, pero el tiempo record desde el Cinturón de Asteroides lo valía. Sólo la empresa Huixing podía ofrecer esos tiempos gracias a los motores EmDrive con que habían equipado sus naves, se decía que la inmensa inversión para desarrollar esa tecnología equivalía a la deuda per cápita de medio planeta, y a pesar de sus precios tan elevados era bien sabido que cada vez le ganaba más terreno a su competencia, la longeva SpaceX, que seguía prefiriendo un itinerario dependiente del método de asistencia gravitatoria para abaratar costos. En fin, casi cien días de viaje sólo para estar unas horas frente al nicho donde las cenizas de mi padre reposaban junto a la urna que resguardaba las de mi madre. Sobre ese nicho, en el muro de piedra, estaba grabada la imagen de un cohete espacial en honor a ella.

Ahora que había cumplido mi propósito de despedirme, aunque hubiese tenido que ser de esta manera, lo mejor habría sido volver por donde había venido, pero no podía marcharme sin ver a mi sobrina Sofi. Ella me había mandado el mensaje para ponerme al tanto de la decisión de papá: “Abuelo quiere que lo desconecten. Será en estos días... lamento que no puedas estar presente, Ceres”. Al menos, horas antes de iniciar el procedimiento de muerte asistida, papá y yo habíamos tenido oportunidad de establecer una corta videollamada para decirnos adiós, aun así mi decisión de regresar a la Tierra y despedirme en persona estaba tomada. Cómo habría deseado esta capacidad de comunicación cuando mamá viajaba por el espacio, pero en sus tiempos apenas se estaban abandonando las comunicaciones satelitales basadas en radio. Hoy en día la mega red 7G que proveían los millones de nanosatélites, distribuidos en las órbitas de todos los cuerpos celestes a lo largo y ancho del

Sistema Solar, permitía una transferencia de datos con una latencia de pocos segundos aún tratándose de una comunicación interplanetaria, o un par de minutos si el contacto era con las colonias de exploración más exteriores en el Cinturón de Kuiper. Más recientemente, Sofí me había hecho saber su decisión de someterse a un proceso de tecno-mejoramiento cuando cumpliera la mayoría de edad. Mi hermana Alicia estaría pensando que todo esto era culpa mía, y quizá tuviera razón; en todo caso, debía odiarme más que nunca.

El cementerio se hallaba cerca de Mixquic, donde había nacido mamá, así que cuando el aerotaxi vino a recogerme, pude contemplar desde arriba el vasto mosaico de chinampas que se extendían hacia poniente. Los trabajos para recuperar el lago ya habían comenzado cuando me marché, me alegraba ver que mucha de la tradición acuífera del Anáhuac no sólo había renacido, sino que prosperaba mejor que nunca.

Más adelante vi la enorme ciudad verde brotando del agua. Los colosales edificios habitacionales tapizados con jardines verticales asemejaban una selva de secuoyas gigantes, sólo que esas secuoyas artificiales eran diez veces más altas y robustas. Aquí y allá brillaban al sol los paneles solares de los numerosos domos geodésicos que habían reemplazado a los macizos de hormigón de las plazas comerciales, y por sobre todas las edificaciones, enganchadas de los cables que transmitían la energía eléctrica, flotaban las turbinas eólicas aéreas cual ballenas del aire con sus rechonchos cuerpos neumáticos.

Luego de que el aerotaxi me dejara en la terraza frente al apartamento de mi hermana, me dirigí a la puerta con pasos lentos y pesados. Para mi mala suerte fue ella la que acudió a la llamada del timbre. Seguía conservándose joven, sólo unas pocas canas en su cabello moreno y encrespado. No pudo evitar fruncir el ceño al contemplarme, lo sé, no debía ser muy agradable encontrarse con que una suerte de escarabajo enorme y mecánico se presentaba de buenas a primeras ante tu puerta. Cuando me puse en camino, no había querido

pasar por el proceso de desensamblar mi exoesqueleto de trabajo para adquirir una apariencia más humana (ni siquiera tenía una cara observable, en su lugar había un enorme visor solar como el del casco de un astronauta), dicho proceso era lento y laborioso y yo tenía prisa en venir.

—Hola, Alicia. Hoy temprano pasé a despedirme de papá. Quisiera ver a Sofi, si no te molesta —el ceño había desaparecido, no obstante la expresión de mi hermana no mejoró una vez supo quién era.

—Espera un momento —su voz era apagada pero amable—, la llamaré.

—¿Ceres, eres tú? —vi a Emilio asomar detrás de Alicia— Que agradable sorpresa, ¿por qué no pasas?, estás en tu casa.

Sin decir una palabra más, Alicia dio la vuelta y se esfumó, yo me resigné y con la misma parsimonia me abrí camino hasta la sala. Solté un suspiro secreto dentro de mi exoesqueleto cuando me vi en medio de aquel lugar tan acogedor y hogareño. En verdad me habría gustado considerarme en casa, ¿cuántas veces había deseado pasar navidades o alguna fecha especial allí, en compañía de lo que quedaba de mi familia?

—¡Vaya! —exclamó Emilio, notablemente maravillado por mi apariencia— ¿Cómo puedes trabajar en los asteroides con todo eso encima?

—Los cuerpos grandes y pesados ayudan en gravedad cero —me limité a explicar, me habría encogido de hombros de haberlos tenido en ese momento—. Yo me ensablo a la excavadora, que tiene una forma muy parecida a la de este exoesqueleto. Los robots mineros son los que se encargan de la extracción y transporte de los metales.

—Ya veo. Habrás tenido un largo viaje, ¿deseas...? —cerró la boca, mirando mi visor con cierta incomodidad.

—¿Tomar algo? —solté una risita— No te preocupes, estoy bien. Preferiría ver a Sofi, si no te importa. Hoy mismo me pongo en órbita para hacer el viaje de regreso.

—Qué lástima, pensé que te quedarías. Está en su cuarto. Hace años que estuviste aquí la última vez pero igual ya sabes dónde es, ¿no? Adelante.

Ya me encaminaba por el pasillo cuando Emilio volvió a llamarme.

—Espero que sepas disculparla. Ha sido difícil para ella aceptar la decisión de nuestra pequeña Sofía.

—Lo entiendo, descuida.

El primer distanciamiento de Alicia había sido con nuestra madre, quien no sólo había sido una de las primeras mujeres latinas en formar parte de misiones de exploración espacial, también había sido seleccionada para el primer programa de tecno-mejoramiento, que ahora era casi un requisito para trabajar de tiempo completo en un medio tan hostil como el espacio exterior. Papá siempre aceptaba las cosas con indiferencia, pero cuando mamá se recuperó de las operaciones y se presentó con la mayor parte de su cuerpo reemplazado por prótesis mecánicas, Alicia se había aterrado. Después de eso su relación no volvió a ser la misma. Yo por mi parte me había decidido a seguir los pasos de mamá, ya desde niña soñaba con tripular una de las cápsulas de SpaceX y viajar entre las estrellas. El hecho de dejar atrás mi cuerpo orgánico original no era ningún impedimento, ¿qué puedo decir?, había heredado el espíritu aventurero de mamá, en tanto Alicia tenía la vena hogareña de papá. Evidentemente para ella fue otro duro golpe. Recuerdo que unos días antes entrar al programa había escuchado a papá discutiendo con Alicia en un vano intento de hacerla aceptar mi decisión.

—¿No te das cuenta que ya no será una persona como nosotros, papá?! —había replicado ella— Al menos mamá hizo una vida normal antes de convertirse en... eso, pero

Elena nunca podrá casarse y tener hijos. ¿Qué tipo de vida le espera en un futuro? ¿Seguirá siendo una persona como cualquier otra o será más como una máquina?...

Algunos de los temores de mi hermana eran infundados, por ejemplo, nunca me extirpé la matriz, aunque en cualquier caso ser madre jamás había formado parte de mis aspiraciones, y afortunadamente no tenía que contar con el permiso de Alicia para transitar hacia lo que quería ser y cumplir mis sueños.

Mi sobrina me recibió con un efusivo “¡Ceres!” al tiempo que saltaba de la cama. Yo le había inculcado a llamarme por el nombre que elegí después de mi transición. De eso podíamos sentirnos muy orgullosas las personas de mi condición: tener la libertad de elegir nuestro nuevo nombre si así lo deseábamos. Elegí Ceres no por el planeta enano que habitaba en la región donde ahora yo trabajaba, sino por la diosa mitológica. Había leído que el nombre derivaba de una raíz protoindoeuropea que significaba “crecer” y “crear”, y para mí ambas palabras definían perfectamente cualidades muy humanas.

Con toda seguridad Sofi haría lo mismo cuando llegara el momento, pero no quise adelantarme tanto, esa visita fugaz sólo había sido para comprobar cómo se sentía respecto a su decisión y cómo se lo estaban tomando sus padres.

—Papá me apoya y se esfuerza en hacer notar que se lo toma con calma —dijo Sofi—, aunque en el fondo sé que se siente inseguro. Va a ser difícil para él cuando me gradúe y entre al programa, pero no va a dejar de apoyarme, de eso estoy segura. Con mamá no sé qué pensar. Cuando les hice saber mi decisión su respuesta fue un completo silencio. Sé que ella ya ha pasado por esto antes, y no me gusta la idea de ser la causante de otro malestar. Es mi madre, la quiero y admiro y eso no va a cambiar, pero aunque no le guste, es la vida que deseo vivir. De verdad que no veo en mi futuro otro camino que este.

—¿Entonces tu decisión es definitiva, Sofi? ¿Aunque de aquí en adelante esto pueda complicar la relación con tu madre, y quizá con tus amistades? Habrá muchas cosas que tendrás que dejar atrás luego de someterte al proceso de tecno-mejoramiento.

—Nada esencial va a cambiar conmigo por dejar de ser físicamente la persona que soy ahora, Ceres. Quienes me aceptan hoy, me aceptarán el día de mañana.

—A veces la vida en el espacio es muy solitaria, ¿sabes?

Sofi sonrió y soltó un pequeño golpe juguetón contra la coraza de mi exoesqueleto.

—No vas a hacer que cambie de opinión, ¿sabes?

Me alegraba la madurez de Sofi y su firme determinación, era algo de familia, por supuesto, y sabía que nos haría sentir orgullosos a todos una vez estuviera allá arriba, viajando entre las estrellas. La habría abrazado en ese momento pero con mi volumen resultaba un poco incómodo. En su lugar decidí compartirle algo a manera de obsequio. Configuré mi sistema operativo a la señal WiFi de la pared inteligente de su cuarto y unos segundos después la película de grafeno que recubría el muro mostró archivos de video del espacio. Se trataba de mis vivencias, grabadas y almacenadas por el hardware que me habían instalado bajo el cráneo. La cámara conectada a mis ojos registraba mí día a día a manera de film casero, y luego yo podía seleccionar aquellos momentos que deseara preservar para guardarlos en la memoria de respaldo del hardware. Desde luego Sofi sabía de esta capacidad en los humanos modificados, no obstante esa era la primera vez que podía compartir y presenciar las vivencias de uno. Miró maravillada mis viajes a través del vacío interestelar, el océano de silencio y oscuridad tras las ventanas de las distintas naves que abordé, la luz diminuta de millones de soles lejanos, la vista de los colosales gigantes gaseosos y las innumerables rocas inhóspitas que poblaban el sistema solar. Vio las enormes excavadoras

perforando asteroides y la inagotable labor de los robots mineros como enjambres de insectos alienígenas.

Le mostré lo que habían captado mis ojos durante una de mis primeras misiones de exploración en la luna Titán, antes de unirme a los trabajos de minería. Y Sofi vio conmigo los altos acantilados y las cordilleras dentadas que se abrían en depresiones donde el metano se acumulaba en grandes lagos. La luz ambarina de la espesa atmósfera cubría todo el paisaje como un eterno atardecer nuboso, y tras las nubes amarillentas Saturno y sus majestuosos anillos dominaban la vista en el horizonte.

—Increíble —murmuró mi sobrina con la mirada fija en las imágenes y la cara embelesada.

En el video aparecieron unas formas revoloteando delante de mi vista, en un primer instante podrían parecer enormes libélulas, pero Sofi supo distinguir los cuerpos antropomorfos de los otros miembros de la expedición.

—¿Estaban volando?

—Pues claro —respondí como si aquello fuese lo más normal del mundo—. En Titán sólo necesitas acoplarte unas alas especialmente diseñadas para darte estabilidad en el aire, la baja gravedad hace el resto.

Muchas eran las cosas que los humanos modificados teníamos que dejar atrás una vez cruzábamos el umbral hacia una nueva corporeidad tecnológica, cierto, mas a cambio recibíamos otras tantas igual de invaluable. Algunas personas no lograban entender por qué éramos capaces de sacrificar una vida normal y relativamente cómoda en la Tierra, pero si el destino o el azar le había dado a la humanidad el potencial de trascender los límites de su condición originaria, entonces el significado de una vida no tenía que reducirse solamente a vivirla por mera inercia. Mientras la pared inteligente seguía transmitiendo mi vuelo a través

de los cielos de Títán, miré hacia la ventana y contemplé una vez más el bosque urbano que nos rodeaba. Nuestra especie había llegado tan lejos luego de superar innumerables adversidades, y si bien el camino que nos aguardaba hacia adelante aún era largo y complicado, de igual forma se antojaba muy emocionante.

—Me gustaría mostrarte algo más —dije—. No es... agradable como mis viajes de trabajo. Sin embargo, considero que debes verlo. Es algo que tendrás que afrontar también.

El nuevo archivo de video que se reprodujo en la pared dejaba ver el techo de una sala de quirófano, así lo atestiguaban las figuras envueltas en vestimenta quirúrgica que de tanto en tanto la cámara enfocaba desde abajo. Aquellas eran las primeras imágenes con que recién se estrenaba mi dispositivo de grabación. Sólo habían quedado almacenados algunos breves momentos de lucidez durante las cirugías, entre los que había tenido oportunidad de ver mis brazos y piernas mutiladas bajo los vendajes impregnados de sangre.

—¿Sentiste dolor? —me preguntó.

—Un poco en las horas inmediatas a las operaciones. Nada de que asustarse en realidad.

La grabación cambió a una habitación muy limpia y sin muebles, a excepción de un buró junto a la cama. Mi madre aparecía en esas grabaciones, a veces sentada en el borde del colchón y otras revisándome bajo las sábanas. Papá también se dejaba ver de vez en cuando, en cambio Alicia nunca había ido a verme mientras duró mi recuperación.

El siguiente video mostró la primera vez que pude ponerme en pie. Me hallaba a solas en la habitación, había estado contemplando por largo tiempo mis piernas mecánicas recubiertas de fibra de carbono y mis nuevas manos perfectamente articuladas y funcionales. El reloj de pared marcaba las cuatro de la mañana. Salí de la cama y di algunos pasos inseguros hacia la puerta. Giré el pomo con la misma torpeza y me asomé al pasillo. Mamá



estaba allí, sentada en una banca de espera. Pocas veces había revisado esa grabación a lo largo de estos años, pero el recuerdo era imborrable en mi memoria. Mamá encorvada en aquella banca, sosteniendo una taza de café con sus manos automatizadas. Bajo la prótesis del ojo artificial, su mirada se perdía en un abismo de inquietud. El rostro, aún joven, ensombrecido por los desvelos y el estrés.

Ahí no había una máquina, sino una madre consumida por las preocupaciones. En aquel tiempo, más de una vez tuve la tentación de enseñarle el video a Alicia. Quizá así pudiera entenderlo. Quizá la imagen de mamá en un estado tan vulnerable, como nunca habíamos tenido oportunidad de ver a la intrépida mujer del espacio, le ayudara a comprender que ella seguía siendo nuestra madre, y que de igual forma, bajo todas estas prótesis y aditamentos tecnológicos, seguía siendo yo, su querida hermana.

Mamá murió un año más tarde. Una roca sideral, pequeña e inadvertida, había perforado el casco de su nave, provocando su desintegración en la atmósfera de Venus. Después de eso, la grabación que ahora le mostraba a Sofí se había convertido en mi secreto. La dejé mirarla porque sabía que lo entendería, que entendería todo sin necesidad de palabras.

No sé qué fue lo que me hizo girar hacia la puerta del cuarto en aquel momento, habrá sido algún movimiento o ruido, la verdad es que daba lo mismo, el hecho era que había dejado la puerta abierta al entrar, y vi que en el umbral estaba Alicia. Supe al instante que había visto las imágenes, lo supe por la forma en que ella me miró con la cara desencajada y humedecida por las lágrimas.

—¡Mamá! —exclamó Sofi al percatarse también de su presencia.

Vi a mi hermana llevarse una mano a la boca, dar media vuelta y desaparecer una vez más. Yo, apenas pude recuperarme, me despedí apresuradamente y salí del cuarto. No quise

escuchar las objeciones de Emilio, sólo fui capaz de murmurar una torpe disculpa y me marché.

En el espaciopuerto, una hora más tarde, me hallaba contemplando desde el ventanal del anden la cápsula montada sobre el enorme cohete que me llevaría de vuelta a la basta soledad del espacio. Las cosas habían salido peor de lo que esperaba y no dejaba de recriminármelo, porque sabía que toda la culpa era mía. Entonces escuché unos pasos a mi espalda y, cuando me volví, sentí que el corazón me daba un vuelco al ver a mi hermana.

—Elen... Ceres. Pensé que no te alcanzaríamos —más allá distinguí a Emilio y a Sofí entre las personas que iban y venían por el espaciopuerto, mi sobrina sacudió su mano y me regaló su más encantadora sonrisa—. Ceres, yo quería... quería pedirte...

—No hay nada que perdonar, hermana —atajé—, me alegra que hayas venido a despedirme.

Desde los altavoces, una operadora anunció que la capsula estaba próxima a despegar.

—Debo apresurarme, fue bueno poder vernos —y comencé a alejarme.

—¿Vendrás la próxima navidad?, ¿o quizás en año nuevo?

Me giré una vez más.

—Yo... claro. Me encantaría. Adiós, Alicia.

—Hasta entonces —sonrió ella.

Y yo volví a ponerme en marcha todo lo aprisa que me permitía este endemoniado exoesqueleto, porque se me hacía tarde para volver al trabajo. Sería otra larga temporada en los asteroides, y sabía que esta vez se me haría eterna en espera de poder hacer nuevamente el viaje de vuelta para estar con mi familia.